

Aunque la prematura partida de Ciro Alegría nos ha dejado acongojados a familiares, colegas y amigos, pienso que la mejor manera de asimilar esa pena y de mantener vivo su recuerdo es celebrar su vida, una vida que ha dejado una huella luminosa en todos aquellos que hemos estado en su cercanía en algún momento de su intensa existencia.

Ciro se distinguió siempre por su optimismo en las circunstancias más difíciles y por su actitud benevolente y dialógica, que lo llevaba a tratar de comprender antes de enjuiciar. Esta actitud no implicaba blandura ética ni una debilidad en la defensa de lo que él consideraba justo, sino una gran apertura mental ante lo diferente y lo no-convencional.

Debido a mi larga ausencia de Lima, conocí y traté a Ciro en dos momentos muy diferentes de su vida: en sus comienzos como un joven y brillante egresado de la PUCP que aspiraba a realizar un doctorado en Alemania y a partir de los últimos diez años como colega y autoridad.

El recuerdo de mi primer encuentro con él ha quedado grabado en mi memoria de un modo extrañamente indeleble. Digo “extrañamente” pues a esta altura de mi vida tiendo a olvidar los encuentros y las conversaciones que he tenido con los muchos colegas y los cientos de estudiantes del Perú y del mundo con los que tuve trato o a los que les di clases durante mi larga vida profesional. Viene a mi memoria esa escena con una nitidez que me sorprende, pero que al mismo tiempo me explico muy bien por el impacto positivo que hizo en mí ese joven entusiasta, apasionado y nada presuntuoso, que me habló de sus proyectos de vida familiar y académica, de sus pasiones literarias y musicales y de su decisión de hacer estudios de posgrado en filosofía, así como de seguir cultivando la Filología Clásica en la que yo me había doctorado recientemente.

Recuerdo el modesto escenario en el que se produjo esa conversación: una pequeña oficina dentro de la caseta en la que estaba alojada la Jefatura del Humanidades. Yo no había sido profesora de Ciro, pero él me visitó antes de su partida para hablarme de sus intereses y para averiguar, basándose en mi reciente experiencia germana, a qué tipo de aventura se estaba lanzando. Durante cerca de una hora mantuvimos una charla animadísima, en la que hablamos mucho de música y de nuestras respectivas experiencias con instrumentos musicales. Recuerdo que comentamos que era muy difícil mantenerse

en forma como intérprete cuando uno dedica la mayor parte de sus energías a una actividad intelectual absorbente: en su caso la inminente instalación en Alemania y la realización de estudios doctorales muy demandantes. Me pareció entonces que él, por ser más joven que yo y por carácter, era también más flexible, versátil y optimista. Hablamos por largo rato de la lengua griega y de la literatura griega clásica, dos temas que lo apasionaban y que más adelante lo llevarían a producir una nueva traducción al castellano del *Edipo Rey* de Sófocles.

Más de treinta años después, cuando yo me reintegré a la PUCP en el 2010, él era ya un profesor prestigioso, que había desarrollado una labor muy creativa en muchos terrenos diferentes gracias a su formación en filosofía política y a su gran versatilidad. Nuestro diálogo sobre temas de interés común se reactivó cuando él fue elegido Decano de la Escuela de Posgrado y yo Decana de Letras y Ciencias Humanas. A partir de ese momento compartimos muchas experiencias gracias a nuestra participación en el Consejo Universitario y gracias también a los almuerzos periódicos en los que nos reuníamos todos los decanos para conversar sobre los problemas del momento y, sobre todo, para confraternizar.

En todos esos encuentros y en las sesiones del Consejo, descubrí, con mucho regocijo, que Ciro era un firme defensor de la lucha de las mujeres -académicas o no académicas- por romper el techo de cristal que limitaba (y en parte sigue limitando) nuestro acceso a las posiciones de mando, de poder y, en general, de mayor prestigio o mayor impacto en la sociedad. Ciro reconoció muy pronto que esa era una de las muchas luchas pendientes para llegar a una sociedad auténticamente igualitaria.

Recuerdo que en el viaje a uno de esos almuerzos de decanos que ocurrían fuera de la universidad, hablamos de su traducción del *Edipo Rey* y que yo le pregunté de dónde sacaba energías para hacer tantas cosas diferentes y creativas además de administrar una unidad académica tan grande y tan compleja. Su respuesta fue al mismo tiempo humilde y entusiasta: a él no le parecía gran cosa su capacidad de dividir el tiempo entre todas esas tareas pues se basaba en el placer de hacerlas sin medirse con nadie.

Remontándome a nuestra primera conversación sobre los griegos y al entusiasmo de Ciro por esos grandes textos clásicos, no puedo dejar de pensar en la Antígona de Sófocles, la

joven heroína que paga con su vida el esfuerzo por enterrar a su hermano y rendirle honras fúnebres. La empresa de Antígona -arriesgar la vida por sepultar a un muerto- podría parecer extraña, pero en el Perú de hoy la entendemos bastante bien: en los años de la violencia o en la pandemia actual, que se parece bastante a una guerra pero que desconcierta más por la falta de un enemigo visible, es muy doloroso, para todos los que hemos frecuentado y apreciado a Ciro Alegría, tener que limitarnos a homenajes a la distancia, que no permiten abrazos consoladores entre los sobrevivientes ni aceptar del todo que se ha marchado tan prematuramente.

Me inclino a pensar, en la onda siempre optimista de Ciro, que su mirada luminosa y sus ganas de vivir, de trabajar para sí mismo y para los demás y de hacer “cosas bellas y buenas” (“kalà kai agathà”) en el sentido de los clásicos griegos que él conocía tan bien, seguirán siendo una fuente de inspiración para todos los que hemos compartido alguna parcela de su vida.

Ciro seguirá viviendo en nuestra memoria sin envejecer, manteniendo la expresión de asombro o de felicidad propias de un inteligentísimo niño grande, que heredó el talento de su padre, ese gigante de las letras peruanas que se fue también demasiado pronto.

Susana Reisz